

O autor historia en *Panorama de clasificación racial de i sul-am* en, *apre-*
o alente, brasileiro, referindo-se, por fim, ao estudo dos sambaquis,
na última parte, aos achados numéricos

LAS FORMACIONES HUMANAS DEL PLANALTO Y DEL BORDE MARITIMO DEL BRASIL EN EL PANORAMA DE LAS RAZAS DE AMERICA *

J. IMBELLONI

Director del Museo Etnográfico, Buenos Aires

1. — De los primeros ensayos a las clasificaciones recientes del Hombre americano.

Conocido por todos es el imperativo que domina la antropología americana desde su primer inicio, que coincide potencialmente con el propio descubrimiento de América. Se quería saber quiénes eran los hombres que el Descubridor encontró en el suelo del nuevo continente y cuyos representantes en parte sobreviven, pues se trataba de criaturas no previstas por las Escrituras, y de las que no hicieron mención ni Homero ni los filósofos.

Esa impelente necesidad de interpretarlo produjo en los siglos XVI y XVII las ingenuas lucubraciones de los escritores que conocemos con el nombre colectivo de Indólogos, en su mayoría españoles. Ya a fines del siglo XVI Fray Gregorio García al reunir las explicaciones enunciadas en los primeros cien años tuvo que escribir un grueso volumen de buen formato, que se publicó en Valencia en 1607, bien conocido por todo americanista.¹

Sólo en la segunda mitad del Setecientos esta curiosidad empezó a cobrar lenguaje y sentido científico, al encontrarse emplazada en la corriente de los primeros sistemáticos del Hombre. Mas he aquí que, precisamente a causa de este lógico emplazamiento, la posición del hombre americano se vió considerada bajo la influencia del "prejuicio continental", consistente en la tendencia a considerar como una sola entidad racial a todos los habitantes de la misma masa terrestre, de donde vino la idea de fundar cuatro razas humanas, porque se conocían cuatro continentes. Es sabido que Linnaeus dividió su *Homo diurnus* (o *sapiens*) en los 4 grupos *Homo americanus*, *H. Europaeus*, *H. Asiaticus* y *H. Afer* por la sencilla razón de que Australia y Oceanía no habían sido aun descubiertas. Más tarde Blumenbach, aprovechados los fecundos viajes del Cap. Cook en el Océano Pacífico, agregó el quinto grupo: *Varietas Caucasica*, *Mongolica*, *Aethiopica*, *Americana* y *Malaica*. Quedó de este modo fundado el concepto pentamérico de la Humanidad (*Varieta-*

* Conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de São Paulo el día 27 de Abril de 1953.

tes quinae principes), y todos los escritores que todavía permanecen fieles a estas unidades continentales obran como si desde 1795 las ciencias del Hombre hubiesen quedado estacionarias. A la clasificación quinaaria se asociaron inmediatamente las denominaciones *Homo albus, luridus, niger, rufus* y *badius*, basadas en el criterio cromático cutáneo y - aunque perezca absurdo - aun hoy los partidarios de la unidad continental americana se fundan principalmente en los caracteres exteriores; el término *Red race*, que ha gozado de gran boga, no es más que la traducción de *Homo rufus*.

El conocimiento de las poblaciones americanas llegó muy lentamente y de modo fragmentario a los naturalistas europeos, mas ello no fué obstáculo para que delinearan las primeras tentativas de clasificación, todas ellas - en este primer peldaño de la tarea - orientadas en sentido geográfico.

Se comenzó por trazar en el mapa, de Norte a Sud, la línea que divide (con respecto a las cadenas M. Rocosas-Andes) los pueblos occidentales de los orientales. Iniciador de esta separación vertical fué Bory de Saint Vicent (1827), quien distinguió con el cartel de raza *Neptuniana* a todos los pueblos colocados a occidente de esa línea, mientras agrupó a los orientales en tres sectores sucesivos: raza *Colombiana* al Norte, comprendiendo las Guayanas y raza *Americana* en lo restante de Sudamérica, menos el triángulo austral, albergue de la raza *Patagónica*.

Con pocas variantes en la repartición oriental, casi todos los autores del siglo XIX conservaron este esquema, al que se acompañaron calificaciones diagnósticas de naturaleza vagamente somatológica y craneológica. Encontramos hacia el final del '800, en la clasificación de Topinard, las cinco divisiones: 1.o *dolicocéfalos de talla inferior* (Esquimoides) y 2.o *braquicéfalos de talla alta* (Pielas Rojas) en el continente Norte; 3.o *braquicéfalos de talla mediana* (Brasileños); 4.o *id. de talla inferior* (Peruanos) y 5.o *dolicocéfalos de talla superior* (Patagones) en el Sud.

Limitándonos a Sudamérica, todos ven que los esbozos clasificatorios de esos autores no salían de unas pocas observaciones generalizadas, en contraste con la amplitud de espacios enormes. Topinard, en realidad, no distingue más que tres grupos morfológicos en el inmenso continente meridional, y su inmediato sucesor D. Brinton únicamente dos: la *Raza Pacífica Austral* y la *Raza Atlántica Austral*, separadas por el cordón cordillerano. Se trata, evidentemente, de autores que no han tenido familiaridad directa con los pueblos y regiones, y sólo los conocen a través de lecturas.

Mas ya en 1839 había salido en París la obra de un naturalista que había viajado años y años a través de las tierras sudamericanas, Alcide d'Orbigny, ansioso de develar sus secretos, sin rehuir contactos con las poblaciones más silvestres. Su cuadro discriminatorio no supera el número de tres "razas", mas la observación de los caracteres especiales se manifiesta en cambio en las siete "ramas" que instituye:

I raza, *Ando-peruana*, con las tres ramas: 1.a *Peruana*, 2.a *Antisiana* y 3.a *Araucana*.

II raza, *Pampeana*, así subdividida: 1.a *Pampeana*, 2.a *Chiquitiana* y 3.a *Moxiana*.

III raza, *Brasilo-Guaraní* con única rama.

Las siete "ramas" de d'Orbigny - defectuosas por cierto con respecto a los conocimientos actuales - representaron en la primera mitad del siglo XIX un notable avance hacia la discriminación de las variedades sudamericanas. Es bien sabido que la posición de su rama Antisiana era falsa, porque los pueblos del Perú oriental - llamado *floresta* por los peruanistas - pertenecen legítimamente al núcleo Amazónico, no al Andino; defectuosa es también la adjudicación a su II raza de núcleos como los Chiquitos y los Mojos, que por otra parte no deben ser separados el uno del otro. Luego resulta impropia la representación del inmenso territorio del Brasil a guisa de un bloque indiviso e invariado, pues el morfológico y el viajero inteligente bien saben que alberga gran número de grupos humanos aborígenes, no solo con atinencia a las lenguas y costumbres, sino con respecto a la somatología y a la procedencia filética. A pesar de todo ello, nadie podría desconocer que el armazón de d'Orbigny fué levantado sobre bases sólidas y con seguro sentido constructivo; todo lo que se ha venido haciendo por los autores que le siguieron, apoya los cimientos en su clasificación.

Enfocando ahora un sector más restringido, cual es la antropología de Brasil, vemos que las tentativas del período más antiguo pertenecen casi exclusivamente a los lingüistas. Mas esto de ningún modo fué un mal, ya que fueron justamente las lenguas habladas por los pueblos del Brasil oriental las que permitieron asignar un capítulo especial a sus habitantes, apartándolos de las grandes agrupaciones que de todas partes los arrinconaban. Nos sorprende la lentitud con que entre los sistemáticos se abre camino la individualidad de los grupos del Planalto y del borde marítimo del Brasil y su substancial diferencia con respecto a los grupos de la depresión amazónica en general. Ni el mismo Sergi (1911) con sus cinco agrupaciones sudamericanas (*Hesperanthropus C. Amazonius*, *Paraguariensis*, *Andinus*, *Araucanus* y *Patagonicus*) hace lugar a una adecuada posición sistemática de los hombres del Brasil oriental, comprendidos por él en el rubro *H. Amazonius* como una de sus variedades².

Es notable, sin embargo, que ya en 1826 uno de los viejos autores contemporáneos de Bory y Cuvier, había lanzado una advertencia en este sentido, que quedó infortunadamente una voz sin eco³. Dentro de sus cinco grupos sudamericanos, Desmoulins había asignado el segundo a *Botocudos* y *Guaicas* (los demás eran: 1.o *Omagua*, *Guarani* etc., 3.o *Mbayá* y *Charruá*; 4.o *Araucanos*, *Puelche* y *Tehuelche* o *Patagones*; 5.o *Pescherai*).

En 1900 J. Deniker propone una *Raza sudamericana* y otra *Patagónica*, subdividiendo la primera en dos partes: *Raza mesocéfala de cabello recto* que es el tipo corriente en la América del Sud y *Raza dolico-*

céfala de cabello ondulado, a veces frisado, "que probablemente se deriva" de los desaparecidos Paleoamericanos⁴. En esta frase se vislumbra la idea de conectar a los vivientes del Brasil oriental con los restos de las cavernas de Lagoa Santa.

Un esquema sensiblemente más adecuado lo encontramos pocos años más tarde en Biasutti (1912) expresado en la repartición que sigue: 1.a *Formación amazónica*; 2.a id. *Brasilio-oriental*; 3.a *Provincia Andina*; 4.a id. *Patagonico-pampeana* y 5.a *Formación austral* (con ambas provincias *Chilena* y *Magallánica*); aquí la posición de los habitantes del Planalto quedó indentificada por su independencia morfológica, especialmente en los caracteres pigmentarios y la craneología: "gran difusión de coloraciones claras y de cabellos ondulados; formas craneanas dólico-ipsicefálicas"⁵.

Más reciente es la clasificación del profesor E. v. Eickstedt (1934) con sus 4 tipos: *Andide Rasse*, *Brasilide R.*, *Pampide R.* y *Lagide R.* Aparentemente este autor hace un paso atrás con respecto a la discriminación de Biasutti, acercándose a Deniker en el criterio de reunir a todos los dolicocefalos en un solo núcleo, bajo la sugestión de las anticipaciones de Quatrefages sobre una única raíz de la raza dolicocefala americana⁶. Esto - sin embargo - no llega más allá del cuadro filético, porque el fecundo antropólogo de Breslau y actualmente de Maguncia⁷ enuncia con claridad la subdivisión de sus *Lagiden* en dos tipos, el primero que habita preferentemente las cavernas y sierras de Planalto, nombrado *Berghöhlentypus*, y el segundo que mora en las costas, o *Küstentypus*.

Llegamos así al esquema, o "tabla taxonómica", que lleva mi nombre⁸, en la que he aceptado y aprovechado los aportes y observaciones de todos los especialistas que nos precedieron, desde Desmoulins hasta von Eickstedt, mas sobre todo he insistido en la concepción de una separación fundamental dentro del conjunto dolicocefalo del litoral. En otros términos, fué establecido por nosotros que *Láquidos* y *Fuéquidos* no son formas salidas de un mismo antecesor por efecto de mutaciones sucesivas, sino productos de dos fuentes filéticamente diferenciadas. Nuestro trabajo de 1937⁹ abunda en consideraciones y ejemplos relativos a la existencia de esa doble capa originaria, de afinidad *melanesoide* la primera y *tasmano-australoide* la segunda; la IV parte de esa memoria está consagrada a esclarecer dichas relaciones, sin descuidar la interpretación de gran número de poblaciones brasileñas y sudamericanas en general, como producto secundario y efecto de mestizaciones del tipo láquido con el fuéquido en diferentes grados y compensaciones genéticas.

Todo lo que antecede quiere mostrar de qué modo y por medio de qué largo proceso pudo llegarse al punto representado por mi tabla: de mi parte es una necesaria declaración de modestia, cuyo fin es no dejar en la sombra, ya sea con rasgos quizá muy abreviados, la larga serie de tentativas y aproximaciones que, durante el espacio de un siglo y medio han permitido perfeccionar el panorama taxonómico de la humanidad de este continente.

Diametralmente opuestos a los que acabamos de analizar son el criterio y el impulso que han guiado a los autores de la América del Norte. Ya desde un principio, el médico de Filadelfia Samuel Morton, que fué el primer antropólogo norteamericano y coleccionó las primeras series de cráneos del doble continente, publicándolas luego en su grueso volumen cuidadosamente ilustrado de 1839 ¹⁰, resumió con estas palabras el fruto de su vida de estudioso: "Del cabo Hornos a Canadá, de Océano a Océano, las naciones americanas, exceptuando a los Esquimales, presentan un tipo común en la organización física no menos que en la moral y mental, lo que les confiere una posición aislada del resto de la humanidad" ¹¹.

Comenzó con Morton a afirmarse allí la "hipótesis de trabajo", más bien, la convicción de la unidad indivisible de los pueblos americanos. Desde 1839 hasta nuestros días no ha cesado de dominar intensamente la idea que los trabajos del campo y del laboratorio antropológico deben tener por finalidad la búsqueda de las analogías de forma que indudablemente se presentan entre miembros de la humanidad, antes que las diferencias que permitan trazar un cuadro clasificatorio. Con respecto a la craneología, mientras el vasto album litográfico de Morton presentaba gran cantidad y variedad de modelos del Norte y del Sud de América, el autor no vió otra cosa que la identidad más absoluta. "Cualquiera que se tome la pena de comparar estas series de cráneos americanos deberá reconocer por sus caracteres orgánicos que todas las naciones americanas, con excepción de las tribus polares, pertenecen a una sola raza" ¹².

Es bien cierto que su *American Race* está dividida en dos conjuntos: 1.º *the American family* y 2.º *the Toltecan family*, mas esta separación no involucra el menor sentido morfológico, siendo puramente cultural e histórica, porque Morton comprendía en la "familia tolteca" a los Indios civilizados de México, Perú y Nueva Granada y en la "familia americana" a los Indios bárbaros de toda América. A pesar de la distinción, estas "naciones" eran juzgadas pertenecientes "a una sola raza y una sola especie, y se parecen una a otra en sus caracteres de orden físico aunque no del intelectual" ¹³. En esta última frase está contenida la única vacilación que sufrieron en el curso de más de veinte años las imperturbables convicciones de Morton, porque antes había asegurado la unidad del tipo americano en lo "moral y mental".

La reacción a la *Single Race* de Morton y a su expresión craneológica, el *American Cranial Type*, fué enunciada casi de inmediato por Aitken Meigs, quien le sucedió en la Academia de Filadelfia y trabajó con las mismas colecciones. Este antropólogo, quien por su clarividencia y real sensibilidad morfológica es el más digno de este nombre que haya producido su nación, fué el primero no sólo en proclamar la existencia de los pueblos dolicoocráneos de América (con lo que se inició un proceso dialéctico que debía durar medio siglo) ¹⁴, sino también en reconocer la preponderancia numérica - en América - de las formas dolicooides. Además, por medio de la definición de unas cuantas "for-

mas étnicas" del cráneo, que anticipó en medio siglo la craneoscopia geométrica de G. Sergi¹⁵, se dedicó a identificar entre los grupos del Mundo Antiguo a los representantes "homiocefálicos" de los Americanos¹⁶.

Mas el empeño de Aitken Meigs quedó *vox clamantis in deserto*, pues no ejerció influencia alguna en el desarrollo posterior de las escuelas antropológicas de su país, que tuvieron su más amplio desarrollo con F. Boas y A. Hrdlicka, ambos trabajadores incansables y creadores - en substancia - de la moderna antropología norteamericana. La predicación constante del primero tuvo por efecto infundir en sus coteráneos y especialmente en sus discípulos la convicción que los caracteres físicos de los grupos humanos son emanación directa del ambiente en que estos viven. El segundo difundió durante su larga actuación didáctica el concepto del *American homotype*, en el que sobrevive la *Single Race* de Morton a manera de verbo reencarnado. Describir y determinar en qué consiste este *American Homotype* resulta superfluo, pues se trata de un concepto dominante en casi todos los escritos orientados según el meridiano del Norte.

Será suficiente recordar que Hrdlicka dejó formulado su "credo" en unas cuantas sentencias: "La clasificación de los Indios en más que una sola raza resulta del todo imposible"¹⁷; "los aborígenes americanos representan una raza única, y la presencia de esta raza en el continente es de una antigüedad no demostrada geológicamente"¹⁸. "En cuanto a los caracteres corporales de todos los Indios, del Canadá a la Tierra del Fuego, revelan importantes semejanzas e identidades entre las más diversas tribus, de tal modo que éstas deben descender de un solo grupo de la humanidad - o raza - y permiten distinguirla de las demás razas, exceptuando aquéllas con las cuales tuvieron en la prehistoria comunidad de origen"¹⁹. Sabido es por todos que Hrdlicka se refiere a los pueblos del Asia oriental, cuya incursión hacia América fué según él la causa simple y única de su poblamiento.

2. — Sucesión de métodos y tendencias en la sistemática americana.

Delineada - en el párrafo que antecede - la sucesión de las principales tesis, empezando por las más remotas y terminando con las más recientes, quedaría por ver de qué manera se ha venido trabajando, es decir, con qué datos y por medio de qué procedimientos probatorios se ha procurado sustentirlas. Nunca se ha hecho con seriedad el análisis metodológico de que hablamos. Ciertamente su realización demandaría un entero volumen, y sobre todo una dosis de rudeza y franqueza de que pocos pueden hacer uso. Nos conformaremos aquí con ligeras anotaciones, suficientes sin embargo para poner en vista los caracteres - siempre cambiantes - de tan largo proceso.

Cuando, tres lustros antes de la mitad del '700, Bory de Saint-Vincent trabajó en la clasificación del género humano, de modo alguno puede decirse que sus criterios fuesen extraños a la consideración de los factores somáticos, ya que por el contrario su ideal fué compilar un "Es-

sai zoologique" y trazar una "Weltcharte der Varietäten des Menschen". Al programar su intento acaba con aquella frase célebre que "el conocimiento de un grupo o una raza de hombres vale por lo menos como el de una medusa o canguro", con lo que intentaba dirigir hacia los problemas antropológicos la atención de los viajeros, atraída entonces exclusivamente por la sistemática del reino animal.

En la tarea práctica, sin embargo, Bory no pudo sobreponerse a la penuria de observaciones morfológicas que fué propia de su tiempo; sus construcciones taxonómicas - por ejemplo la de su *Homo Neptunianus* - reposan sobre elementos descriptivos como "el instinto de la navegación" y la repugnancia a alejarse de las costas del mar; cuando recurre a descripciones corporales, sólo puede citar el cabello (liso, unido, negro y lustroso) la manera de llevarlo con cintas o peines, y la barba, que en el sector americano "nos ha sido referida como ausente". También menciona el tinte cutáneo, mas con la vaguedad que se deriva de las confusas comparaciones de los viajeros (color marrón, más bien del ruibarbo, amarillento, bruno etc.). Intenta valerse de la estatura, cuando logra recoger datos en cantidad y con precisión suficiente, lo que le ocurre pocas veces, y nunca en el Mundo Nuevo. Si personalmente ha visto a algunos representantes de una raza, su poder de observación se vuelve más agudo: recuérdese la comparación del pie de su Raza Malesa, que es pequeño y agraciado, con el de la Neptuniana, grande y chato. A pesar de las inmensas lagunas en su información somatológica, el esquema de Bory se sostiene en los pilares que le brinda la extraordinaria sensibilidad geográfica del autor²⁰. Su Raza Neptuniana, que enlaza en un destino común las poblaciones del Océano Pacífico con las del borde occidental de América desde California hasta Chile, se nos aparece como una intuición audacísima y certera de las relaciones intercontinentales que luego fueron consolidadas por medio de la morfología moderna. Así lo reconoce Ratzel cuando presenta a Bory como "el que fué más allá que todos".

Para que el viajero ideal invocado por Bory de St. Vincent viniese al escenario de la ciencia, debía transcurrir algo más de un siglo. Alcide d'Orbigny fué este naturalista acucioso, que a los pacientes trabajos zoológicos agregó la observación metódica de los indígenas, en ámbitos extensos. He aquí una de las descripciones de d'Orbigny; es la que corresponde en su tabla del Hombre americano a la rama *Brasilio-Guaraniense*: "Color cutáneo: amarillento, con ligero toque de rojo palidísimo. Talla media: 1,62 m. Construcción corporal: maciza en sumo grado. Caracteres del cráneo: frente no huyente; del rostro: cara llena, circular, nariz corta y angosta; aperturas nasales estrechas, boca mediana poco saliente, labios sutiles. Ojos a manudo oblicuos, siempre levantados en el ángulo externo. Pómulos poco salientes, rasgos feminoídes, expresión suave"²¹.

Como es sabido, d'Orbigny comprendía en su rama Brasilio-Guaraniense, que representa a los habitantes de las cuencas Amazonas-Orinoco en general, también a los indígenas del Brasil oriental, ya famosos

en esa época bajo el nombre de Botocudos. La necesidad de considerar como un grupo apartado a los habitantes del Planalto y separarlos sistemáticamente de los demás nativos de la Amazonia, fué impuesta al mundo científico por otro camino, el de la glotología, y todos recuerdan con respecto al nombre de C. F. von Martius, el incansable explorador que formuló la independencia de la familia lingüística Gê, con los rótulos *Volk der Gês* o *Gês-Nation*²².

Para que este importante concepto clasificatorio entrara a formar parte de la nascente taxonomía, necesitábase que el reconocimiento de los grupos humanos se enriqueciera con el empleo de una craneología siempre más rigurosa. Ya hemos visto que d'Orbigny no fué un craneólogo, y se limitaba a recoger los caracteres cutáneos en primer lugar, luego la estatura y los rasgos faciales. Sin salir del oficio del craneólogo, conviene confesar que el establecimiento de convenciones métricas que volvieran productiva la comparación de las planillas de autores distintos y la ideación de sistemas abreviados de diámetros y ángulos "necesarios y suficientes" para brindar la descripción del sólido craneano, han sido tareas largas y de paulatino mejoramiento.

La distinción de los grupos del Brasil Oriental no pudo imponerse - en un principio - por el único medio de los caracteres exteriores: iris, pelo y cutis. El "pelo ondulado, a veces frisado" aparece en tiempos posteriores, en Deniker; Biasutti agrega en su diagnosis "las coloraciones claras" del tinte cutáneo. La separación fué obra de los craneólogos, y el primer impulso pertenece a un brasileño, João Batista Lacerda (1876), que dió motivo a Armand de Quatrefages para lanzar su enunciación del tipo racial dolicocefalia del Brasil oriental y de Sudamérica en general (1879). Lacerda hizo seguir artículos y memorias (1882, 1886, 1893) en los cuales se iban definiendo con siempre mayores aproximaciones tres entidades que forman el objeto de esta discusión: la "raza de Lagoa Santa", los Botocudos del litoral y los hombres que dejaron sus restos óseos en los *sambaquí*. Las descripciones de Lacerda analizan individualmente cada cráneo con una observación de la forma que en relación a la época resulta diligente y minuciosa, ya en el sentido craneoscópico, ya en el métrico. Entre sus cifras encontramos - siempre que fué viable la medición - el diámetro de altura. El propio autor no aprovecha este dato para calcular las dos formas del Índice vertical, mas nos ofrece el modo de calcularlo y de contar con ese importantísimo fundamento morfológico, que debía - en tiempos más recientes - dirimir la cuestión de las tres entidades del Planalto, antiguas y recientes, con la consecuente interpretación de las formas híbridas. Se distinguieron en este cometido Rodrigues Peixoto, Ehrenreich y von Ihering en Brasil, luego Diquet, Deniker y Rivet en Francia, Sören Hansen en Dinamarca, Lehmann Nitsche, Ten Kate y Torres en la Argentina. En el período más reciente debemos agregar los nombres de Krone, Lebzelter y Mendes Corrêa; con ellos la descripción de los cráneos se ha adaptado a las exigencias de la craneología moderna, y se brindan las esenciales indicaciones métricas convenidas, en oportunos

cuadros sinópticos. Siempre queda - sin embargo - el problema de una recta intuición clasificatoria capaz de servirse de esos números en el sentido más apropiado - el morfométrico - el que aprovecha el aporte de los números, mas no como simples números, sino como señalación objetiva de los caracteres plásticos, que son - en el fondo - expresiones biológicas de forma.

3. — Los hallazgos humanos del Planalto y del borde marítimo del Brasil.

Al considerar la sucesión de autores y doctrinas que acabamos de esbozar en los párrafos que anteceden, no puede evitarse la impresión de que la ciencia ha procedido con gran lentitud.

Tal impresión surge las más de las veces de una posición subjetiva, y se repite en todas las demás ramas del saber, intensificándose en la esfera de los profanos, incapaces de apreciar la circunspección y el rigor que es exigido a quienes deben contestar a sus siempre insatisfechas curiosidades. Mas otras veces innegablemente nace de una condición objetiva, que consiste en determinadas circunstancias que retardan el proceso de una averiguación científica, ya se trate de la complejidad del problema, ya de la rareza de materiales, ya de la relativa despreocupación de personas e institutos.

En el caso presente - los yacimientos del Brasil oriental - el lapso de más de tres cuartos de siglo que nos separa de las formulaciones iniciales representa sin duda un período asaz prolongado. Hemos visto que Armando de Quatrefages (1879) fué el primero en afirmar la individualidad de los grupos humanos que antiguamente vivieron en la región oriental brasileña, los cuales en aquella época comenzaban a gozar de celebridad por la reactualización de los viejos descubrimientos de las cavernas del planalto. A su lado, ya en 1872 Rudolf Virchow había abierto un nuevo campo de curiosidad al describir un cráneo desenterrado del *sambaquí* de Dona Francisca (estado de Santa Catarina) al que pronto hizo seguir (1874) el examen métrico de otro célebre cráneo de Sambaquí procedente de la isla de Santo Amaro, cerca de Santos, la misma que tantos materiales debía brindar años después. Con esos y sucesivos hallazgos la atención, retenida hasta entonces por los hallazgos de Minas Gerais, fué llevada hacia el litoral marítimo de los estados de Río de Janeiro, São Paulo, Paraná, Santa Catarina y Río Grande do Sul. Pertenece a J. B. Lacerda y a Rodrigues Peixoto - ya mencionados más arriba - la iniciativa en la tarea de coordinar con los viejos los nuevos datos en una sumaria agrupación de las antiguas poblaciones brasileñas, luego al propio Lacerda (1885) la de enriquecer las series con piezas inéditas y aprestar el terreno para las futuras diagnósis craneológicas.

Todo esto fué cumplido en el breve espacio de trece años, de 1872 a 1885, y cuesta creer que en el largo período transcurrido desde esa última fecha hasta nosotros poco o nada se ha adelantado en la dilucidación de aquellos viejos problemas, a pesar de un sinnúmero de artículos y monografías publicados en las revistas científicas. La razón

principal es que estos últimos setenta años han visto surgir y luego intensificarse una interminable discusión sobre la naturaleza, formación, significado y antigüedad de los *sambaquí*. Fué iniciada por el célebre opúsculo de von Ihering *A origem dos sambaquís* publicado en Alemania en 1894 y reproducido en São Paulo en 1904; su autor, autoridad máxima en cuestiones de moluscos del litoral atlántico, declaraba en él que los *sambaquí* son formaciones marítimas naturales debidas a los movimientos verticales de las costas. A partir de ese instante se han multiplicado las opiniones en pro o en contra del origen humano, sin que tengamos aún una resolución realmente válida para la universalidad de los casos.

Es cierto que mientras tanto varios autores han sugerido la idea que bien pueden existir en un lugar montículos de conchas de origen humano y en otro lugar montículos naturales. Lejos de ser - como podría pensarse - una simple fórmula de compromiso entre las dos opiniones extremas, esta sugerencia parece responder a la verdad objetiva, siempre que no nos limitemos a la observación de un trecho limitado de la costa atlántica, y prefiramos abrazar todas las posibilidades y la totalidad de los yacimientos. Mas he aquí levantarse la muralla de la nomenclatura, la que, en el fondo, ha incidido en esta disputa con virulencia no sospechada. Mientras para unos son "pseudo-sambaquí" los construídos por la sedimentación de los desperdicios de la alimentación humana, y "verdaderos sambaquí" los bancos de conchas naturales (von Ihering 1904, 1909), para otros en cambio son "sambaquí verdaderos" los humanos y "pseudo-sambaquí" los naturales (Virgilio Gualberto, 1924; Fróis Abreu, 1928). Deducción plausible es que el propio concepto de lo que debe denominarse *sambaquí* ha estado envuelto en la incertidumbre. El significado literal y etimológico del vocablo: montículo de valvas, tanto puede aplicarse a los primeros como a los segundos. Deberíase haber partido de una convención que codificara su uso en uno o en otro sentido. Mas sólo en los últimos años alguien ha propuesto el término *conchero* para los naturales, guardando el clásico vocablo *sambaquí* para los de origen humano (Leonardos, 1938).

Con la universal adopción de estos dos nombres distintivos, que parece aceptable y útil, se daría término, por fin, a una discusión que corre el riesgo de ser subestimada por algún observador superficial, mas en realidad trasciende en mucho el planeamiento nomenclatorio, porque se enraiza en el propio concepto del *sambaquí* y en la valuación de su significado para la historia de la humanidad del litoral.

La que antecede - sin embargo - es apenas una de las discusiones que han llenado los últimos 75 años de diatribas. Descontamos todo lo que se ha escrito para asignar a esas formaciones marítimas una fecha justa, sea en puro sentido geológico (período miocénico, pliocénico y pleistocénico), sea con respecto a la última regresión marítima (holocénico). Tercera incógnita es la relación entre los *sambaquí* del interior y los de la margen marina, con todas las implicaciones cronológicas y concurrentemente culturales que importa su emplazamiento, luego la

distinción entre sambaquí marítimos y los de agua dulce, y por último entre los de los estados de Piauí, Maranhão y Pará y los del Brasil meridional. Todos entienden fácilmente que el variar de tantas opiniones y el barajar posibilidades tan dispares debía incidir hondamente en el antiguo cuestionario de fin de siglo.

A vuelo de pájaro podemos resumir diciendo que en este largo proceso se distinguen tres épocas sucesivas. La primera produjo la formulación urgente y en cierta medida ingenua de los antropólogos brasileños y europeos que se enfrentaron al cometido de clasificar las razas del Brasil oriental mediante los escasos datos disponibles en su tiempo. La segunda se define como un amplio trabajo de revisión, ajuste y contralor, reclamado por la necesidad de establecer una aceptable coordinación de los procedimientos a emplearse en esa búsqueda con las conquistas de la ciencia contemporánea en lo que atañe a la geología así como a la prehistoria. Teniendo presente de qué modo a la primera, o "época de formulación" subentró la segunda o "época de crítica", entenderemos con facilidad cómo vino preparándose la más reciente, o "época de reacción".

Cansados de una demora tan prolongada y entristecidos por un panorama que parecía dominado por la anarquía, algunos espíritus contemporáneos han buscado la salvación superando de un salto las dificultades surgidas en torno a la antigüedad, significado, origen y clasificación de estos tipos de yacimiento. Hablan ellos de los sambaquí como de una unidad característica e indiscutible, propia de una época *sambaquiana*, con un *pueblo sambaquiano*, una *raza sambaquiana* y una *cultura sambaquiana*. Substancialmente, han vuelto al concepto de los tiempos iniciales, definido por el título de Lacerda: *O homem do Sambaquí*. Su proceso mental consiste en una generalización del término sambaquí que se ha evidenciado inoperante a través de cincuenta años de crítica. En efecto, no es suficiente cerrar los ojos para no ver que ni las valvas, ni las alternaciones de estratos, ni las ubicaciones geográficas, ni las hachas y demás manufacturas del hombre, ni los cráneos humanos de conformación heterogénea, pueden ser conducidos a un concepto de unidad, por el solo argumento que existe un término tradicional uniforme - *sambaquí* - para indicar el complejo de esos yacimientos. Estas aberraciones del raciocinio, por otra parte, no son nuevas ni inesperadas. Suelen producirse en los procesos científicos de larga duración análogos movimientos dominados por la impaciencia, cuyo impulso es quebrar las dubitaciones y acelerar los tiempos, y su carácter común es una contromarcha por reducción de la encuesta a una disyuntiva elemental: *si o no*.

Como era lógico imaginarlo a *priori*, este movimiento reaccionario no ha aportado adelanto alguno, y sólo ha contribuído a intensificar la desorientación reinante en la literatura de los sambaquí. Se han producido casos tan insólitos como el de publicaciones recientes en cuyas páginas introductorias figura una diligente discriminación de las varias clases de sambaquí y de sus distintas épocas formativas así como de las dis-

tintas culturas y grupos humanos que en ellas depositaron sus restos industriales y orgánicos, realizada por autores objetivos y bien informados, mientras a continuación otros escritores - haciendo caso omiso de esas sabias advertencias - han reunido en un solo conjunto o serie estadística los restos óseos extraídos de gran número de sambaquí de los cinco estados del litoral y han operado con cifras, cocientes y sumatorias tal como se estila hacerlo con elementos equipolentes, pretendiendo luego con los promedios obtenidos representar el cuadro morfológico del "hombre del Sambaquí" mientras se trataba en realidad de expresión numérica ficticia, producto del inadecuado tratamiento de datos heterogéneos.

He aquí, señores profesores y señores alumnos, las circunstancias que explican mi viaje al Brasil, en compañía de mi ayudante el professor M. Bórmida. Hemos pasado los días inolvidables de este tibio mes de abril corriendo a lo largo del litoral, premurosos de adquirir un conocimiento directo de los elementos de esta cuestión ya casi secular. He tenido la suerte de contar con especialistas animosos, colegas corteses y generosos coleccionistas; además amplias series de materiales inéditos me han sido confiados para su estudio.

En lo que se refiere a yacimientos, ninguna lectura o descripción había logrado brindarnos la idea exacta de lo que es un sambaquí, la visión de cuyos mayores ejemplos nos ha producido una impresión duradera e intensa. En lo concerniente a la craneología, que constituía el interés más directo, no sólo hemos revisado por entero la ya famosa colección del Museo Paulista por amable concesión de su Director el prof. Herbert Baldus y del prof. Egon Schaden, sino estudiado *ex novo* y de modo exhaustivo, sirviéndonos del muy completo instrumental traído de Buenos Aires, las 70 piezas del museo particular reunido con diligencia y amor por el Sr. Guillermo Tiburtius en Curitiba, que proceden de los sambaquí de Paraná y Santa Catarina, de tal modo que persona alguna hasta el día de hoy ha visto pasar por sus manos mayor número de estas preciosas reliquias humanas.

Agradezco muy sinceramente todas las gentilezas recibidas en este grande y bello país, y espero que encuentren en parte su justificación en los trabajos de antropología brasileña que ocuparán mi actividad en los próximos meses, con el afán de contribuir al resurgimiento del interés que me ha parecido notar en varios núcleos locales anhelosos de afrontar con seriedad y hondo sentido de renovación la incógnita sambaquiiana.

NOTAS

1. — Abundantes datos y observaciones sobre la obra de Fray Gregorio y sobre la Indología en general pueden encontrarse en **Imbelloni: La Esfinge Indiana**, Buenos Aires 1926, cuya segunda edición se está preparando actualmente.
2. — Sergi, G.: *Hominidae, sistema naturale di classificazione*, Torino 1911.
3. — Desmoulins, A.: *Histoire naturelle des races humaines*, Paris 1826.
4. — Deniker J.: *Races et peuples de la terre*, Paris 1900.

5. — **Biasutti, R.:** Studi sulla distribuzione dei caratteri e dei tipi antropologici; en "Memorie Geografiche", suplemento alla "Rivista Geografica Italiana", publicado por G. Dainelli, Firenze 1912.
6. — **De Quatrefages, A.:** L'homme fossile de Lagoa-Santa au Brésil et ses descendants actuels; en "Congrès anthropologique de Moscou", 1879.
7. — **von Eickstedt, E.:** Rassenkunde und Rassengeschichte der Menschheit, Stuttgart 1934.
8. — **Imbelloni, J.:** Tabla clasificatoria de los indios; en "Physis", Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, t. XII, Buenos Aires 1938, pp. 229-249, reproducida luego y retocada en varias ediciones posteriores; la más reciente formulación es la de **Los grupos raciales aborígenes**; en "Cuadernos de Historia primitiva", año III, n.º 2, Madrid 1948, pp. 71-88.
9. — **Imbelloni, J.:** Fuéguidos y Láquidos. Posición actual de la raza paleo-americana o de Lagoa Santa; en "Anales del Museo Argentino de Ciencias naturales", t. XXXIX, Buenos Aires 1937, pp. 79-104.
10. — **Morton, Samuel.:** Crania Americana, Filadelfia 1839.
11. — **Morton, S.:** An account of the craniological collection, with remarks on the classification of some families of the human race; en "Transactions of the Amer. Ethnological Soc.", vol. II, pág. 217.
12. — **Morton, S.:** reunión de la Academy of Natural Science, junio 1.º de 1841; véase "Proceeding of Acad. Nat. Sc.", Filadelfia 1841, pág. 52.
13. — **Morton, S.:** ibidem.
14. — Una ordenada reseña de los alegatos de esa memoranda discusión entre los negadores y los asertores de la presencia de poblaciones dolicoocráneas en América la encontrará el lector en mi opúsculo **Sobre los dolicocefalos del Perú Antiguo. Reapertura y modernización de una discusión secular**; en el tomo I del Homenaje a Don Luis de Hoyos Sainz, Madrid 1949, pp. 183-193.
15. — **Sergi, G.:** Stirpi e varietà umana, Torino 1900.
16. — **Aitken Meigs, J.:** Observations upon the cranial forms of the American Aborigines; en "Proceedings of Acad. Nat. Sc.", Filadelfia 1866, pp. 197-235.
17. — **Hrdlicka, A.:** The genesis of American Indian; en "XIX Congr. Intern. Americanistas, Washington", Washington 1917, pág. 561.
18. — **Hrdlicka, A.:** ibidem, pág. 563.
19. — **Hrdlicka, A.:** ibidem, pág. 561.
20. — **Bory de Saint-Vincent, J. Baptiste:** Dictionnaire classique d'histoire naturelle, París 1858, t. VIII, pp. 302-313.
21. — **d'Orbigny, A.:** L'Homme Américain de l'Amérique méridionale, París 1839, pág. 311.
22. — **von Martius, Carl Friedrich Ph.:** Beiträge zur Ethnographie und Sprachenkunde Amerika's zumal Brasiliens, 2 volúmenes, Leipzig 1867; ver pág. 258.

